

Sobre el principismo y la izquierda: el ejemplo Astori a través de su discurso durante la moderación programática del FA (1989-1994)

On *principismo* and the Left: the example of Astori through his discourse during the programmatic moderation of the *Frente Amplio* (Broad Front) (1989-1994)

Jacobo Calvo Rodríguez*

* Licenciado en Historia, especialidad Historia de América, por la Universidad de Santiago de Compostela (USC). Magíster en Estudios Contemporáneos de América Latina por la Universidad Complutense de Madrid (UCM) y la Universidad de la República (UDELAR). Doctorando en el Instituto de Ciencia Política (ICP) de la UDELAR.

✉ jacobocalvo@live.com

<https://orcid.org/0000-0001-7440-4137>

RECIBIDO: 17.9.2019

ACEPTADO: 29.11.2019

Resumen

Son numerosas las ocasiones en las que Astori ha defendido sus posiciones políticas en términos técnicos e independientes con respecto a la fuerza que integra: el Frente Amplio (FA). Su figura política está construida sobre una imagen de solvencia capaz de conocer los mecanismos que permitirían el desarrollo, con propuestas necesarias, posibles y racionales. En la retórica propia del astorismo resuenan ecos históricos de la comunidad política uruguaya, por lo que la pregunta que guiará este artículo es: ¿se puede considerar que el discurso político astorista durante los años 1989-1994 se encuadra en una tradición doctoprincipista?

Palabras clave: historia política, partido político, tecnocracia, Uruguay.

Abstract

Danilo Astori has often defended his political positions in technical and independent terms, in relation to his own party, *Frente Amplio* (FA). His political figure is built upon an image of solvency, as someone who understands how the mechanisms that bring forth development operate, and who can therefore elaborate necessary, feasible and rational proposals. The history of

the Uruguayan political community echoes in Astori's typical rhetoric. Thus, the question guiding this article is: can Astori's political discourse between 1989 and 1994 be understood as part of what we refer to as the *docto-principista* tradition?

Keywords: political history, political parties, technocracy, Uruguay.

Introducción¹

Este estudio se encuadra en dos temáticas de mayor jerarquía en la literatura científica uruguaya: el principismo y la tradición doctoral, y la moderación ideológica del Frente Amplio (FA). Dentro de estos dos amplios temas, se eligió analizar el discurso de uno de los grandes exponentes de ambos fenómenos según la hipótesis aquí defendida. Durante la presentación del sector Asamblea Uruguay (1994), Astori dejaba claras las motivaciones de la nueva agrupación:

[...] multiplicar nuestra capacidad de análisis y traducir esta labor en las propuestas que el país necesita y el Frente Amplio tiene la obligación de ofrecer. Y es en nuestro compromiso firme con [...] los uruguayos como pueblo que siente que puede haber otro camino, necesita seguir creyendo que encontrarlo es posible [...]. (Astori, 1994)

Es difícil encuadrar este estudio dentro de una discusión bibliográfica ya establecida. La producción literaria que repara con cierto detenimiento en la figura de Astori es limitada en cuanto a las fuentes y siempre se enmarca en una obra de temática más amplia. Es el caso de Yaffé (2005) y Garcé y Yaffé (2005), quienes —mediante un esquema clásico de izquierda-derecha— han analizado la figura de Astori en esos años como representante del ala «radical» del partido, otorgando a Tabaré Vázquez el papel del «moderado». En este trabajo se defiende la hipótesis de que Astori siempre fue partidario de la moderación ideológica del FA y de que lo hizo a través de un discurso doctoprincipista.

De esta manera, se pretende contribuir a esta ausencia de estudios específicos sobre la figura política que ha controlado la política macroeconómica, monetaria, fiscal y que ha delineado los grandes vectores del desarrollo nacional durante quince años de gobierno del FA, a la vez que ha sido vicepresidente en una ocasión.

1 Este artículo forma parte del primer capítulo de mi tesis doctoral en curso, donde se plantea un problema teórico —a qué llamamos *tecnocracia*— y se desarrolla la relación de este con la democracia y los partidos políticos a través de un análisis del discurso político de Danilo Astori.

¿Qué fue el principismo? Un breve recorrido histórico

Desde el mismo nacimiento de la república uruguaya, las clases ilustradas habían pensado una política elitista dirigida por hombres razonables y libres que debatirían en el Parlamento (Caetano, 2016). Esta idea fue la que inspiró el sufragio censitario y el alejamiento de los caudillos militares de la esfera política institucional —al prohibírseles ocupar cargos parlamentarios—. Sin embargo, los caudillos nunca dejaron de tener un gran peso y apoyo en la sociedad civil, por lo que impusieron sus criterios sobre los de los doctores (Pérez Antón, 1988). A partir de la batalla de Carpintería (1836) nacieron las dos divisas y futuros partidos Blanco y Colorado.

En el Uruguay de la época no existía como tal una conciencia nacional. Sí había una conciencia localista fraguada en la competencia entre el puerto de Montevideo y el de Buenos Aires. Tras la Guerra Grande, las divisas políticas llevaron a cabo una política de repartición territorial en la que algunos departamentos del interior quedarían siempre en manos de un dirigente blanco, mientras que el Partido Colorado dirigiría el resto del Estado. La frontera identitaria entre ambos partidos era tal que se hizo física: aquellos habitantes que eran colorados y vivían en un departamento blanco tenían derecho a irse de allí y establecerse en otro de su signo político, y viceversa. Esto es lo que le sirve a Solari para afirmar la existencia de dos patrias subjetivas (1991, p. 20).

Dentro de este contexto se produjo la primera reacción doctoral, denominada como *fusionista*. Contra esta política de pactos, Andrés Lamas clamó desde Río de Janeiro a través de un manifiesto (1855) contra la política de divisas y a favor de formar un único partido de ideas (Caetano, 2016). Este manifiesto influyó en dos eventos: por un lado, la fundación del primer partido político doctoral, la Unión Liberal; por otro, el pacto entre Manuel Oribe (blanco) y Venancio Flores (colorado) para apoyar a un candidato común.

A pesar de la participación de algunos doctores en los partidos, la matriz doctoral mantuvo distancia de sus posicionamientos *oficiales*. Comenzó una etapa denominada por la historiografía como *principista*, que, según Gallardo (2003), se desarrolló plenamente entre 1872 y 1875, o a lo largo de los setenta (Ardao, 1968; Mariani, 1968; Rilla, 2004; Caetano, 2016). Como fruto de ese *momento principista* se produjo en 1873 a fundación del Partido Radical, también de corte doctoral (Rilla, 2004).

El principismo estuvo caracterizado por la crítica de los doctores a la praxis de los partidos comandados por caudillos. Clamaba contra una institucionalidad frágil, envuelta en guerras civiles, y criticaba la carencia de «prospectos racionales de gobierno y administración pública» (Gallardo, 2003, p. 8). Los círculos doctorales llegaron incluso a poner el despectivo nombre de *candomberos* (Oddone, 1956; Zum Felde, 1919/1967)

a los políticos caudillistas, lo que mostraba el desprecio elitista de los doctores hacia las peligrosas «asambleas populares», en palabras del principista Agustín de Vedia (Gallardo, 2003).

Ya en 1880, los principistas intentaron la formación de un tercer partido doctoral, el Partido Constitucional, también conocido como Partido de las Instituciones (Caetano, 2016), que, enfrentado al cesarismo militarista, reclamaba una república en la que los partidos acordasen no acudir a la vía armada para resolver sus diferencias.

[...] en la salida del autoritarismo en 1887 y [...] en los pactos políticos pacificadores y en los acuerdos electorales, destinados a consagrar la representación de la minoría, que contribuyeron a transformar una conmocionada república liberal, patricia y caudillesca, en una democracia de partidos y de sufragio popular masculino a principios del siglo XX. (Gallardo, 2003, p. 10)

Sin embargo, tras los fracasos de los partidos Radical y Constitucional a lo largo de los años setenta, ochenta y noventa del siglo XIX, se clausuraría la posibilidad de la vía de acción política directa por parte de los doctores (Castiglia Berzelli, 2004).

Conforme se acercaba el siglo XX, los doctores fueron sumándose a las filas partidarias tradicionales durante el primer batllismo, que sería el comienzo de una nueva etapa en la que el positivismo —contrario al hegemónico espiritualismo principista— había dotado de mayor realismo y materialidad a las abstractas y poco pragmáticas ideas principistas (Ardao, 1968).

La tensión originaria entre una praxis política entendida como aquello armonioso compuesto por seres racionales y autosuficientes —a la manera del fusionismo— y el *candomberismo* de los partidos tradicionales derivó en una síntesis que aceptaba la existencia de los partidos, aunque concebidos como escuelas cívicas formadoras de lealtades institucionales (Gallardo, 2003).

En conclusión, lo que tenía en común el movimiento principista era la crítica a los pobres resultados de la vida pública y partidaria (Gallardo, 2003), la exigencia de mayor racionalidad en el ejercicio de la política y un mayor grado de acuerdo entre los partidos, que no permitiese el habitual bucle de enfrentamientos y guerras civiles que impedían el progreso y la felicidad pública.

El despliegue histórico del principismo en la izquierda uruguaya

José Rilla, en su artículo «La tradición contra los partidos en el Uruguay» (2004), expone la existencia de una tradición política uruguaya crítica con los partidos. Su nacimiento se remonta a los mismos orígenes de la República, cuando los constituyentes criticaban el caudillismo y los partidos por considerarlos un fenómeno residual de la colonia, dada su praxis política irracional y carente de principios:

La lista es extensa si la hacemos partir del anticaudillismo y antipartidismo constitucional (de los constituyentes, digo) instalado en el origen de la república, de las denuncias de vacuidad de los bandos y partidos, del reclamo insistente a favor de una ideologización de los partidos considerados como instancias pasionales, precarias, irracionales, preideológicas, «primitivas» [...]. (Rilla, 2004, p. 162)

Rilla establece un nexo histórico entre el primer fusionismo, el posterior principismo y épocas subsiguientes en las que asoma esa crítica a los partidos tradicionales por parte de algunos sectores de izquierda. Basta apuntar que la primera vez que el Partido Socialista de Frugoni obtuvo una banca parlamentaria, en 1910, lo hizo en la Coalición Liberal, también integrada por la ya citada Unión Liberal (Botinelli, Giménez y Marius, s/f; Caetano, 2016).

El primer socialismo uruguayo se nucleó alrededor de la ideología del mencionado Emilio Frugoni, que abogaba por una vía reformista no revolucionaria que respetase los cauces institucionales. A su vez, Frugoni criticó el criollismo, el caudillismo y el americanismo por considerarlos frenos al progreso. La ideología de Frugoni era propia de sectores ilustrados e iluministas que veían al socialismo ligado a la modernidad y el racionalismo superadores de la colonia. De este modo, su referente era Europa, mientras que Sudamérica era vista como el atraso (De Armas, Garcé y Yaffé, 2003). Esta izquierda, originariamente universalista, anticaudillista y no criolla, para Rilla (2004) estaría también encuadrada en esa tradición antipartidos que hunde sus raíces en el siglo XIX y allí se emparenta con la tradición doctoprincipista.

Esta relación tortuosa entre caudillos y doctores que se despliega a lo largo de la historia uruguaya aparece en De Armas y Garcé (2000). Los autores establecen una serie de etapas según el mayor o menor grado de colaboración entre los partidos —dirigidos por caudillos— y los doctores. En otra publicación, *Uruguay y su conciencia crítica* (1997), en colaboración con Gustavo De Armas, Garcé profundiza en la idea de una «conciencia crítica» que se despliega a lo largo de la segunda mitad del siglo XX a través de

las publicaciones de *Marcha* —propia de la Generación del 45 o Generación Crítica— y de las obras de su director, Carlos Quijano.

En su análisis, Garcé hace hincapié en mostrar la categórica crítica hacia el segundo batllismo que inspiraba a *Marcha*, por considerarlo electorero y demagógico:

[Para Quijano] El problema no era el dirigismo sino su incoherencia, su ceguera, su «politiquería». Según Caetano y Rilla: «Las fuertes reservas frente a la burocracia —“una casta de empleados públicos”— y su denuncia persistente sobre la politización del poder administrador —“esta orientación barata y electorera”— [...]. [...] esas ideas [...] se vinculan de modo directo con su visión acerca de cómo debía funcionar el Estado en un régimen democrático. [...] tanto el “manejo demagógico” en la conducción política de los entes como la repartición proporcional de los puestos públicos de acuerdo con el caudal electoral de los partidos constituían prácticas reñidas con toda ética democrática [...]. “Hay que hacer administración del país [...] y no con los partidos”, sostuvo en 1931 [...].» (Caetano y Rilla citados por Garcé, 1997, p. 46)

Así expresaba *Marcha* su descontento con respecto a una élite político-partidaria ineficiente que dilapidó el capital económico y político acumulado en las décadas anteriores por culpa de medidas políticas cortoplacistas. Estos argumentos son muy similares a los del principismo doctoral, aunque adaptados a otro contexto histórico: ineficiencia, electoralismo, «politiquería», cortoplacismo, carencia de ideas y clientelismo. En resumidas cuentas, lo que Germán Rama (1971) —desde una crítica doctoral— plasmó en un libro de entrevistas a dirigentes barriales titulado *El club político*.

A pesar de los contextos históricos distintos, se puede observar cierto tono de inspiración en el pasado doctoral uruguayo por parte de Quijano, que así se hace cargo de la crítica a los partidos tradicionales por no tener principios ni ideas y ser especialmente electoralistas.

En esta línea, que conecta la cultura de izquierda con la versión doctoral de la política, se pueden seguir encontrando insumos que permitan construir dicha relación. La etapa histórica que coincide con la fundación del Frente Amplio (FA) en 1971 —como compendio y síntesis de distintos partidos políticos para desafiar la hegemonía de blancos y colorados— viene precedida de un momento caracterizado por la planificación racional del desarrollo desde el estado. Los sesenta fueron una década en la que las propuestas programáticas concretas para salir del estancamiento económico se multiplicaron, y la CIDE fue un punto de partida que marcó la praxis política del Uruguay del momento.

En 1965 se celebró el Congreso del Pueblo —en el que participaron economistas venidos de la CIDE, como Alberto Couriel—, donde se llegó a un programa político alternativo que proponía medidas similares a las de la CIDE, aunque escoradas a la izquierda (Garcé, 2002). De este modo, el *giro programático* del sistema político de los sesenta permeó también a la izquierda política y desembocó en la fundación del FA. Este acuerdo fundacional no fue un acuerdo de símbolos ni una fusión en un partido único de izquierda. Por un lado, se mantuvieron los símbolos y las retóricas propios de cada sensibilidad alternativa a los partidos tradicionales. Por otro, se logró un punto de referencia común para la acción en que lo programático primaba sobre autorreferenciales tendencias izquierdistas. En definitiva, lo programático está en el mismo *core* del gran partido de la izquierda uruguaya, tal y como pregonaban los principistas que debía ser un partido.

Del mismo modo, la fundación del FA supuso, según De Armas y Garcé (2000), la reconciliación entre técnicos e intelectuales y los partidos. Un buen número de ellos acudieron al llamamiento público del FA que buscaba su participación. De hecho, fue a través de ese llamado que Danilo Astori se involucró en la coalición (Campodónico, 2004). Esta nueva izquierda, marcada fuertemente por el peso de las clases ilustradas, tomó como propias algunas de las demandas históricas de la tradición principista. La más señera era la eliminación del doble voto simultáneo, que se interpretaba como la fuente de los males que aquejaban a los partidos tradicionales al favorecer su fragmentación y a la vez ensanchar su base electoral (Solari, 1991; Lanzaro, 2012). Contra esos partidos carentes de homogeneidad, el FA siempre hizo de la máxima «un candidato, un programa» una de sus principales banderas identitarias, lo que simbolizaba la necesidad de racionalizar la actividad partidaria.

En conclusión, la izquierda política uruguaya tiene una relación asintótica con la tradición doctoral. Son culturas políticas distintas y la matriz doctoral, así como la caudillesca, transversaliza la práctica totalidad de la comunidad política uruguaya; es decir, izquierda y doctoprincipismo son tradiciones que nunca llegan a fundirse, pero guardan una estrecha relación. Por tanto, se puede concluir que la preocupación por racionalizar la actividad política como reproche a los partidos tradicionales ha sido una de las señas identitarias de la izquierda. Una relación asintótica de la que el astorismo es fiel representante, según la hipótesis defendida.

Danilo Astori: síntesis de dos fenómenos globales

Si bien algunas características formales de la tradición doctoprincipista son propias del Uruguay, no es menos cierto que la participación de los intelectuales y expertos en el

Estado y en la política es un fenómeno histórico que traspasa cualquier frontera nacional. Este papel central que juegan expertos, científicos e intelectuales en política ha ido ganando notoria relevancia en la segunda mitad del siglo XX.

En este sentido, y en paralelo a una tradición netamente uruguaya como es la descrita hasta ahora, se produjeron dos fenómenos globales propios de la segunda mitad del siglo XX que influyeron en la moderación del FA y en la centralidad que tomó la figura política de Astori en estos años. Por un lado, el *fenómeno tecnocrático* reforzó el papel político del doctor en la política doméstica; por otro, hubo una moderación ideológica en los partidos de izquierda como fenómeno global dentro del mundo Occidental.

El fenómeno tecnocrático

El sistema político uruguayo vivió un proceso de progresiva tecnificación de su actividad tras la experiencia de la CIDE. Los trabajos del organismo, muy distante de los políticos, trascendieron las cúpulas partidarias y calaron en la opinión pública concieniciando a la sociedad civil y política del déficit de «cifras y números» —que habría dicho Ángel Floro Costa— con el que se ejercía la acción gubernamental en Uruguay (Garcé, 2002). Este proceso de tecnificación fue algo progresivo en el mundo occidental desde el final de la II Guerra Mundial, ligado a una apuesta por la economía planificada. Si bien la economía planificada cayó como referente epistemológico de la economía política, el proceso paralelo de tecnificación se fue consolidando durante las décadas posteriores y llega hasta nuestros días (Habermas, 1986; Domínguez, 1997; Guerrero, 2006; Caramani, 2017). Incluso la dictadura militar tuvo que hacerse cargo de este proceso (Garcé, 2000; Yaffé, 2010).

Retornada la democracia, este proceso de tecnificación y racionalización del sistema político siguió su curso y se fue consolidando. Los partidos tradicionales pasaron a priorizar sus programas políticos por encima de los costos electorales que pudieran tener las medidas adoptadas (Garcé, 2000, Filgueira et al., 2004).

Paralelamente a este *giro programático* se produjo un fenómeno global: el irresistible ascenso de los economistas (Markoff y Montecinos, 1994). En este artículo se explica el poder de los economistas como un poder ideológico equivalente al que tuvieron los ingenieros en otras épocas; por ejemplo, durante el primer batllismo.

In Uruguay, as in Brazil, there are no clear signs of a rising technocracy during reform process, although it is true that some politicians complained about de lack of political sensivity of the «contadores» [...] that represented the technical face of the Uruguayan governments). These politicians would probably claim that tech-

nocrats played a key role in the case of Uruguay, as well. Yet, Uruguayan governments did not count on powerful teams of technocrats in the fashion of the «Chicago boys» [...]. This is not to say that governments of Brazil or Uruguay lacked well-trained professionals. We mean rather that we do not identify in Brazil or Uruguay a group of professionals actively lobbying for their own pro-market reform project [...]. (Forteza y Tommasi, 2006, p. 212)²

Si bien estos autores explican que no hay en Uruguay equipos de tecnócratas tan claramente establecidos como en Chile o Venezuela, no dejan de rescatar el papel político de los contadores como aquellos que serían formalmente la cara técnica de la clase política uruguaya. Es en este contexto que Danilo Astori dio el salto a la política y se convirtió en uno de los referentes del FA. Desde que formó parte de la CIDE hasta hoy, su trayectoria política fue en paralelo con el fortalecimiento del *fenómeno tecnocrático*.

Sin duda, el fenómeno tecnocrático no guarda similitudes sustanciales con el principismo, aunque sí formales. El fenómeno tecnocrático contribuyó al fortalecimiento simbólico-político³ —discursivo (Howarth, 1995, 2005; Laclau, s/f, 2005; Errejón, 2012)— de la figura del doctor. Los constituyentes y principistas inauguraron esa imagen simbólico-política del doctor, pero ello no significa que todo doctor sea *per se* espiritualista como fueron los principistas. La ideología —liberal (Oddone, 1956; Real de Azúa, 1987; Caetano, 2016) o republicana (Gallardo, 2003)— o epistemología —espiritualista enfrentada a doctores positivistas— del principista era propia de su contexto.

En este sentido, el discurso doctoral adquirió un potente significado dentro de la comunidad política uruguaya, por encima de la coyuntura contextual y de la ideología o epistemología contingente. Es decir, el positivismo —matriz epistemológica de la tecnocracia (Valencia Sáiz, 2002; Mayol, 2003; Guerrero, 2006)— también formó parte de la

2 «En Uruguay, al igual que en Brasil, no hay signos claros de una tecnocracia en ascenso durante el proceso de reforma, aunque es cierto que algunos políticos se quejaron de la falta de sensibilidad política de los "contadores" ([...] que representaban la cara técnica de los gobiernos uruguayos). Estos políticos probablemente dirían que los tecnócratas también tuvieron un papel clave en el caso de Uruguay. Sin embargo, los gobiernos uruguayos no contaban con poderosos equipos de tecnócratas a la manera de los *Chicago boys* [...]. Esto no quiere decir que los gobiernos de Brasil o Uruguay carecieran de profesionales bien capacitados; más bien queremos decir que no identificamos en Brasil o Uruguay a un grupo de profesionales que presionaran activamente por su propio proyecto de reforma pro mercado [...]».

3 Ninguna palabra tiene significado en sí misma, sino que cobra significado cuando se diferencia de las demás. Estas acciones y palabras se constituyen, por tanto, durante la relación entre ellas y no tienen sentido en sí mismas. Una relación que, por lo demás, es construida a través de lo simbólico y que en conjunto forma un complejo relacional que es el discurso. En palabras de Howarth (2005, p. 39): «El objetivo de este programa de investigación se centra en la idea de que todos los objetos y prácticas tienen un significado, y que los significados sociales son contextuales, relacionales y contingentes. Además, sostiene que todos los sistemas de prácticas con sentido —o discursos— dependen de exteriores discursivos que parcialmente constituyen dichos órdenes, mientras que potencialmente los subvierten».

historia doctoral uruguaya y fue objeto de debate en cuanto a su influencia en los gobiernos del primer batllismo (Ardao, 1951), por lo que, si bien la *sustancia* del doctor cambia, la *forma* simbólica del doctor como actor político se mantiene.

La «moderación»⁴ de la izquierda

Astori no desarrolló una actividad plenamente partidaria hasta 1990, cuando fue electo senador común a todas las listas del FA como independiente (Campodónico, 2004). Por tanto, el grueso del análisis y de su discurso político surgió tras su asunción. La figura de Astori, y del astorismo se inserta en lo que han sido dos de los fenómenos sistémicos que desbordaron las fronteras nacionales: la tecnocratización de la política que se acaba de describir y la «moderación» ideológica de la izquierda. Esta moderación se produjo en Uruguay a lo largo de los noventa (Garcé y Yaffé, 2005; Yaffé, 2005; Lanzaro, 2012; Lorenzoni y Pérez, 2013), y Astori fue un participante activo con sus apreciaciones sobre el programa de gobierno del FA.

No obstante, este fenómeno de «moderación» tampoco fue exclusivo del Uruguay o de meras cábalas electorales, como tradicionalmente se ha estudiado el fenómeno, sino que fue un proceso internacional en el que la izquierda abandonó progresivamente un horizonte no capitalista. Si bien la socialdemocracia alemana había aceptado en Bad Godesberg (1959) la compatibilidad del socialismo con la propiedad privada de los medios de producción —«siempre que no obstaculice la creación de un orden social justo» (Von Oertzen, 1973, p. 51)—, no se renunciaba a la posibilidad de construir otro tipo de sociedad basada en valores más igualitarios y en un perfeccionamiento de la democracia, a la que se identificaba con el socialismo. Este horizonte no capitalista terminó por derrumbarse tras la caída del Muro de Berlín (1989), el abandono de la Federación Rusa de la Unión Soviética (1991) y el colapso de los países del socialismo real.

Esto forzó a los partidos de izquierda a reposicionarse tras la ofensiva liberal-conservadora emprendida por Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Este proceso tiene como epítome la aceptación de la tercera vía de Tony Blair y el Nuevo Laborismo (Watkins, 2004, 2010). A ello habría que sumarle el derrumbe del Partido Comunista Italiano

4 Pongo la palabra entrecomillada porque el protagonista de este artículo en ningún caso habla de que tal moderación exista durante el momento en que se produce el fenómeno de la «moderación». Según Astori, lo que se produce en esos años es una adecuación de los principios frenteamplistas a las propuestas programáticas concretas que imponían los nuevos tiempos. No se pretenderá en ningún caso vislumbrar cuál es la realidad, si la que construyó Astori o la que construyeron los académicos y periodistas bajo la etiqueta «moderación» en un eje clásico de izquierda-derecha. Sí se pretende dar cuenta de cómo esa «moderación» se construye discursivamente por un actor relevante en la historia de la izquierda uruguaya.

tras el Caso Manos Limpias (1992), que puso al descubierto la profunda corrupción que se había instalado en el sistema político italiano y que abarcaba a todos los partidos, y el abandono del marxismo por parte del Partido Socialista Obrero Español desde el Congreso de Madrid de 1979.

En conclusión, el astorismo es hijo de un contexto histórico en el que se consolidó el fenómeno tecnocrático nacido a partir de la Segunda Guerra Mundial en países europeos, pero que había ido desarrollándose en los Estados Unidos a partir de la crisis del 29 durante el New Deal (Guerrero, 2006). Aquella tecnocracia estuvo muy ligada al keynesianismo y a la economía planificada, consecuencia de la desconfianza hacia el mercado autorregulado (Garcé, 2002), así como a la necesidad de reconstruir rápidamente los Estados europeos mediante el Plan Marshall. A esta coyuntura se suma una tradición de largo recorrido netamente uruguayo, como sería la del principismo o, en otras palabras, la tradición doctoral definida por oposición a la tradición caudillista.

Las fuentes

Para hacer análisis del discurso se deben definir y clasificar los tipos de fuentes. Por un lado, estarían las fuentes reactivas y las no reactivas. Mientras que las primeras requieren de «un elemento de intersubjetividad para que se produzcan» (Howarth, 2005, p. 69), las segundas no lo necesitarían. Por otro lado, también podemos diferenciar entre fuentes lingüísticas y no lingüísticas.

	Lingüísticas	No lingüísticas
Reactivas	Entrevistas	Observación participante, estudio de la acción
No reactivas	Documentos	Imágenes, construcciones, arquitectura

Fuente: Howarth (2005, p. 69).

En esas fuentes lingüísticas se seguirá un análisis bastante común expuesto en el citado artículo de David Howarth: el análisis semántico del significado de los textos, el rol de la retórica y la construcción de la subjetividad. Estos tres principios guían el principal objetivo de análisis de la teoría del discurso, que es «[...] analizar los mecanismos por los cuales el significado se produce, se establece [...] en textos particulares» (Howarth, 2005, p. 77). En este caso se trata de estudiar el significado de los significantes propios del discurso doctoprincipista en un personaje concreto de la izquierda uruguayo.

Siguiendo con el punto anterior, como expone Howarth, la selección de las fuentes siempre será fundamentalmente un juicio intuitivo del investigador, que dependerá del

tema de estudio concreto a través de una justificación pertinente de las fuentes que evite una selección arbitraria y anecdótica. En nuestro caso se tratará con fuentes lingüísticas no reactivas, como entrevistas ya publicadas o declaraciones a medios escritos sobre asuntos políticos centrales.

Por último, es importante resaltar el factor que juega la retórica dentro de cualquier discurso. En otras palabras, lo que el analista debe hacer es pararse en el hecho de que los significados son construidos por los actores políticos en su intento por definir y redefinir temas y procesos de un modo apropiado a su proyecto particular. Sin embargo, no por ello el investigador debe calificar esas construcciones discursivas como verdaderas o falsas. Por el contrario, el investigador debe sumergirse en las lógicas internas de los discursos, describir rigurosamente sus maniobras retóricas y dar cuenta del vínculo o la distinción de significados y significantes construidos por el actor político — quien así construye imaginarios políticos concretos—, a pesar de que en toda descripción va de suyo una interpretación subjetiva.

Astorismo y principismo

Cuando se hipotetiza una relación entre el principismo y el astorismo, también se vuelve obligatorio definir qué elementos tomados de la tradición doctoprincipista son los que se buscan en el discurso de Astori. Cuando se traza el paralelismo entre ambos movimientos políticos se está refiriendo a una tradición cívica que exige a los partidos políticos la excelencia en el ejercicio de la ciudadanía (Gallardo, 2003). La tradición doctoprincipista se podría resumir en una exigencia a los partidos de mayor consistencia ideológica, racional y programática; de poner el interés general y nacional por encima de las pequeñas disputas partidarias para fortalecer el sistema institucional, y en la crítica al faccionalismo de los partidos tradicionales, que luego derivará en una crítica al sistema electoral del doble voto simultáneo por ser origen de ese faccionalismo y de la consecuente indolencia programática.

El análisis de discurso

La campaña de 1989, el origen del astorismo

La primera entrevista a la que se ha tenido acceso es la publicada en *Brecha* el 25 de mayo de 1989 (Rodríguez, 1989), justo antes de que Danilo Astori fuese nombrado candidato a la Vicepresidencia por todas las listas del FA en fórmula con Liber Seregni.

En ella se trata la preocupación por la unidad del FA y la unidad del propio sistema de partidos uruguayo tras el fracaso de la Concertación Nacional Programática (CONAPRO).⁵

En cuanto a la CONAPRO, interrogado sobre si «fracasó» la política de la concertación, Astori responde:

Fueron ideas de capital importancia que yo defendí y sigo defendiendo [...]. La concertación sí fracasó, pero eso no invalida la idea. Fracasó porque hubo fuerzas políticas con el objetivo deliberado de hacerla fracasar acordando formalmente lo que después violaron como compromiso. En eso la responsabilidad le cabe al Partido Colorado.

La siguiente pregunta del periodista es si no era «previsible» que eso ocurriese:

Para mí no [era previsible] [...]. Seguramente para Seregni tampoco. Valía la pena hacerlo en las circunstancias en que se salía de la dictadura. [...] La economía estaba destrozada y había medidas que requerían [...] el apoyo de todos los partidos políticos. Lo que [...] combatí [...] fueron los posteriores intentos de acuerdo y diálogo que se intentaron vender.

Con respecto al otro tema —las escisiones dentro del FA, del PGP y del PDC, que formaron el Nuevo Espacio—, Astori consideró:

Debimos hacer un gran debate nacional dentro de la izquierda sobre un proyecto de país. Yo sigo sin conocer qué piensa el PGP sobre el país. Sé lo que estaba dispuesto a ceder el Frente Amplio para lograr una propuesta común. Pero no tengo claro desde el punto de vista ideológico y programático por qué se fueron.

Ambos temas tratan una ya tradicional preocupación en el sistema político uruguayo: la unidad de los partidos/facciones en pos de un objetivo común, ya sea nacional (en el caso de la CONAPRO) o partidario (en el caso de las escisiones de grupos del FA).

5 Durante la etapa denominada por Julio María Sanguinetti *transición* a la democracia desde la dictadura militar en el Uruguay, se fraguó una iniciativa de compromiso entre todos los partidos importantes para formular una serie de cambios. El objetivo era llevar adelante acuerdos mínimos que permitiesen la estabilidad política en temas tan diversos como deuda externa, reparación de los daños causados por la dictadura, política monetaria o de vivienda. Pese al optimismo reinante en un principio, los resultados fueron escasos y ninguno de los partidos tradicionales pareció muy interesado en materializar los acuerdos. No así el FA, el único de los tres grandes partidos que siempre se mostró decididamente favorable a dichas negociaciones y a obtener un consenso mínimo en determinadas políticas públicas estructurales, aunque no llegasen a explicitar una estrategia completa de desarrollo (Mieres, 1985).

Por un lado, Astori pone el interés nacional por encima del partidario; por otro, establece lo programático como la punta de lanza con la que cuestionar a sus adversarios políticos.

Con respecto a la CONAPRO, Astori hace culpable de su fracaso al partidismo colorado, que, según el entrevistado, sabotó las negociaciones apropiándose de la idea de concertación y buscó relanzar la iniciativa desde un lugar preponderante. En definitiva, mantuvo una postura de apoyo a las ideas de concentración nacional y de ese modo se apropió de la verdadera idea de *pacto*, concertación e interés general.

La crítica a los sectores escindidos del FA sigue la misma línea, aunque esta vez pone el acento en la cuestión programática. Por un lado, critica la ausencia de programa —lo que suponía un ataque a la legitimidad del Nuevo Espacio— y, por el otro, busca apropiarse de ese agregado de mayor jerarquía que sería la idea de pacto y acuerdo programático, gran símbolo de unidad del FA desde su fundación.

Tras esta entrevista en *Brecha*, Danilo Astori fue nombrado candidato a vicepresidente por todas las listas del FA en el Congreso Extraordinario del FA de 1989. Su discurso de nombramiento aparece en *La Hora Popular* del 5 de junio de 1989 (Discurso de Danilo Astori, 1989).

Al comienzo de su primer gran discurso, Astori promete lealtad a los principios del frenteamplismo:

[...] prometo trabajo incansable, energías sin desmayo, lealtad sin sombras a nuestros principios [...]. [...] ir multiplicando [...] la fuerza incontenible de quienes tienen la historia a su favor [...] la historia de la verdad y la razón frente al vacío de verdad y de razón.

Astori no hace grandes promesas, sino que promete conservar sus principios y defender la razón. Más adelante vuelve a referirse a esos principios y los define con mayor claridad:

Ya no quedan cosas para perder, queda solo ganancia para materializar. Y la ganancia la habremos de materializar con nuestra lealtad, sin sombras, a nuestros principios [...] de liberación y justicia [...] de la producción y el trabajo [...]. Nuestros principios.

De nuevo, Astori hace referencia a los principios como aquello que deberá mantener.

Paralelamente y desde el comienzo, el otro gran tema de su discurso estuvo centrado en la cuestión programática, con una alabanza a los esfuerzos del Congreso por hacer un programa elaborado:

[...] hoy tengo la inmensa fortuna de ser designado por este congreso que ha dado un enorme paso en la programación seria y responsable que demuestra que los sueños son posibles y serán hechos realidad.

Las referencias al programa se fueron repitiendo durante todo el discurso, el cual progresivamente se convirtió en una enumeración:

Todos los frenteamplistas queremos luchar para convertir a esta tierra en una tierra de productores y no de especuladores [...] y por eso es que todos los frenteamplistas levantamos hoy un programa [...] en el que queremos llenar las instituciones de [...] participación [...]. Pero todos los frenteamplistas sabemos que la participación es una bella palabra sin contenido en la medida en que no transformemos profundamente nuestra economía y nuestra sociedad [...] una profunda transformación de la estructura de la propiedad y explotación de la tierra. [...] tenemos que terminar con una indignante concentración de esa propiedad [...] antagónica con el interés nacional.

Astori utiliza un tono vehemente en partes del discurso, aunque se debe tener en cuenta que es la puesta de largo de una figura política emergente en un partido emergente. En este sentido, hay expresiones de carácter combativo, como «si no les gusta, que se vayan [...]». Al enemigo que huye, puente de plata» cuando habla de los bancos. En cuanto a la deuda externa, también se observa un tono grueso con la famosa frase «no va más», aunque las soluciones aportadas en esta materia fueron difusas —«crear un frente de deudores»— y nunca se expresó el impago como solución.⁶

La moderación programática

Para documentar los primeros años de actividad parlamentaria del flamante senador, prácticamente no se pudo acceder a entrevistas escritas, por lo que es de suponer que Danilo Astori, más allá de recortes de prensa y declaraciones que aparecen recogidas de manera salteada, no se prodigó mucho en los medios de comunicación escritos en 1990 y 1991. Es a partir de 1992 que comienza su actividad mediática constante, con varias entrevistas por año. Las entrevistas analizadas son todas previas a los resultados

6 Tampoco en el período que comprende este trabajo Astori trató el tema de la deuda externa desde la solución de impago o posicionamientos escorados a la izquierda. En mayo de 1993 Astori dijo a *La República*: «El 94% de la deuda externa no es negociable y por lo tanto hay que pagarla» (Legnani y Maciel, 1993).

electorales de 1994, que auparía a Astori al papel de líder indiscutible del grupo parlamentario frenteamplista con su grupo Asamblea Uruguay, el cual obtuvo casi la mitad del total de votos del FA.

La moderación ideológico-programática es el tema más recurrente en el discurso de Astori durante estos años. Sus declaraciones muestran un fuerte compromiso con un plan ordenado de gobierno y no solo una serie de propuestas genéricas. A su vez, las declaraciones sobre el programa giran en torno a dos ejes que se fusionan en la última época del período estudiado. Por un lado, están las apreciaciones del frenteamplista sobre *el programa y los principios ideológicos* del partido. Por otro lado, expone su posición respecto la *política de alianzas* con las fuerzas anteriormente escindidas del FA y otros sectores provenientes de los partidos tradicionales, como Rodolfo Nin Novoa. A través de esas alianzas bajo el lema Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría, el Frente logró mantener un programa similar al de anteriores elecciones y a la vez pudo «moderarlo» en las negociaciones con el resto de los actores políticos (Garcé y Yaffé, 2005; Yaffé, 2005).

El semanario *Búsqueda* recoge el 22 de agosto de 1991 unas declaraciones que Astori había hecho para *Brecha* el 16 del mismo mes. En ellas se declara «renovador», pero advierte: «No me gusta que nadie se arroge el monopolio del concepto y queriendo, o sin querer, acuse a otro de no sustentarlo». Interrogado seguidamente por la socialdemocratización del FA, responde: «[...] es riesgoso jugar con etiquetas de este tipo» y «hay peligro de no estar dispuestos a ir a fondo en la transformación de la realidad» («Astori marcó perfil», 1991).

En otra entrevista para *Búsqueda*, el 7 de noviembre de 1991, Astori sigue criticando la diferencia entre ortodoxos y renovadores que había inaugurado el llamado «Documento de los 24»:⁷

7 El documento de los 24 fue una declaración firmada por 24 intelectuales, académicos y políticos de izquierda. Era un llamado al FA y al resto de los sectores político-sociales para construir un auténtico proyecto nacional de mayorías sin exclusiones. Fue interpretado como una demanda de moderación ideológica a la izquierda ortodoxa y a favor de la renovación. Se extraen acá algunos fragmentos que dan cuenta del espíritu de la proclama: «La alternativa de las izquierdas [...] debe superar la paralizante oposición maniquea entre lo público y lo privado», «[...] la rotunda afirmación de la democracia y de los derechos humanos, y la voluntad de extender su vigencia, en lo institucional y en la vida cotidiana», «[...] el batllismo y el nacionalismo verdaderos son adversarios del modelo subliberal», «[...] un proyecto que no sea propaganda y voluntarismo, sino un ejercicio de política real, volcada a la búsqueda de los caminos posibles para sacar al país adelante», «Nuevas confluencias se hacen posibles. [...] Confluencias del Nuevo Espacio y el Frente, para que todas las izquierdas sumen esfuerzos. Confluencias de las izquierdas con sectores progresistas de los partidos tradicionales [...]» (Documento 24, s/f).

El peligro que tenía ese documento era la división que hacía entre renovadores y no renovadores. [...] en el Frente Amplio no debe existir sector que no quiera renovarse. Más allá de las intenciones, le ponía a algunos la etiqueta de renovadores y a otros no. («Astori no habla», 1991)

El periodista repregunta si no cree que a veces es así al margen que lo pueda considerar un falso dilema, a lo que el senador responde:

Prefiero aludir, por un lado, a los valores históricos que siempre estamos en la obligación de reanalizar y, por otro lado, a las nuevas propuestas. Es un falso dilema decir esto o lo otro, porque si excluimos una de ellas siempre dejamos por el camino cosas importantes.

Astori intentaba encarnar un rol de punto de unión entre ambas corrientes. Una posición pacificadora desde un discurso que, de nuevo, prima los principios, que diferencia de las propuestas concretas. Ambas cosas, conservar los principios y renovar el programa, serían posibles.

El periodista de *Búsqueda* sigue procurando respuestas binarias al preguntarle si no considera que algunos valores históricos le pueden quitar base electoral al FA. Astori responde volviendo a primar lo programático por encima del electoralismo:

El Frente Amplio no es una fuerza que nació para tener base electoral como objetivo fundamental, sino para ser una herramienta de acción permanente [...]. No creo que haya otra cosa peor para el FA que ganar una elección y no poder cambiar el país.

El periodista insiste en que hay dirigentes del FA que ponen el acento en hacer creíble el programa electoral para las elecciones de 1994, y Astori responde, en esta ocasión, empatizando con los ortodoxos en cuanto a la necesidad de transformar la realidad y no de adaptarse a ella, aunque dentro del capitalismo:

[...] hay que preguntarse qué quiere decir *hacer creíble* el programa de gobierno. ¿Creíble para quién? [...] La propuesta del Frente llegará al gobierno para trabajar en una economía capitalista. Sin embargo, intentará cambiar la economía hacia una sociedad diferente, porque si no estaríamos en un partido tradicional y no en el Frente.

El 10 de diciembre de 1992 *La República* publicaba una entrevista conjunta al blanco Rodolfo Nin Novoa y a Danilo Astori con ocasión del plebiscito sobre la Ley de Empresas Públicas del gobierno de Luis Alberto Lacalle Herrera, que se celebraría unos

días después. Nin Novoa se opuso a la privatización de empresas públicas impulsada por el gobierno herrerista y se especulaba con una escisión de su sector para una posterior coalición con el Frente Amplio. Esto se materializó en el Encuentro Progresista, marcando el comienzo sustancial de la moderación ideológico-programática del Frente Amplio y la llamada *era progresista* (Legnani y Maciel, 1993).

Nin Novoa y Astori coinciden en casi todos los puntos y el periodista llega a plantear el dilema de si, en caso de que no hubiese reforma constitucional, ambos serían capaces de irse de sus respectivos lemas o de sus grupos políticos y formar uno independiente. El fundamento de esta especulación eran las coincidencias entre ambos, incluso «mayores que las que tienen con algunos correligionarios». Sin embargo, Astori responde cauto a esta especulación periodística con el argumento del programa como elemento diferenciador:

[...] sin una reforma cada uno presentaría su propio programa, siendo conscientes de que la unidad nacional está por encima de las fronteras partidarias [...]. No sirve la frontera partidaria para encarar un problema nacional.

El 18 de enero de 1993 Danilo Astori concedió una entrevista para *El Observador* (Alfonso y Almada, 1993). En ella comienza hablando de las propuestas programáticas en general, seguidamente las va concretando para, finalmente, terminar con una reflexión sobre los principios que guían el programa.

Los periodistas preguntan si hay sectores del FA que señalaban que no se debería rebajar el programa y si de ocurrir eso, esos grupos podrían permanecer dentro de la coalición, a lo que Astori responde:

Si por programa entendemos los grandes principios fundacionales, característicos del FA, su cédula de identidad, creo que ningún frenteamplista aceptaría [...] diluir esos principios. Si por programa se entiende aquello con lo que el Frente se posiciona ante una realidad nacional que está en cambio permanente y que exige una renovación programática permanente, entonces primero vamos a definir el programa [...].

Con esta declaración, Astori muestra la voluntad de mantenerse como independiente dentro de un partido al no ligarse a ningún bando particular y defender el corazón y la razón del FA: su programa, que no es patrimonio de ninguna fracción y es símbolo de unión.

El 9 de junio de 1993, en una entrevista de la revista *Decadauno*, a Astori le preguntan directamente si «la desaparición del bipartidismo tradicional lleva a pensar en

la política de alianzas» y «qué opina de un acuerdo preelectoral» («Astori crece margen», 1993). El senador se muestra ambiguo y extenso en su respuesta y, de nuevo, vuelve a no posicionarse en términos binarios, más propios de los caudillos. Esa ambigüedad vuelve a construirla a través de un discurso doctoprincipista que pone el programa por delante de lo electoral:

[...] es un tema en permanente discusión dentro del Frente [...] en función de resolver necesidades del país. [...] No [se] puede adoptar una actitud mecánica diciendo «bueno, mis alianzas son estas y con estas intento hacer cualquier cosa». [...] Cada fuerza debe elaborar su propuesta, que es además su identidad [...]. Los puntos de encuentro se deben buscar luego de [...] las elecciones. [...] No excluyo la posibilidad de un acuerdo mínimo entre sectores, pero siempre y cuando cada fuerza [...] tenga su propio programa para que sea adecuadamente comunicado a la sociedad.

En otra entrevista, del 27 de agosto de 1993 para *Brecha*, Astori no habla de la moderación ideológica como tal ni de la política de alianzas. Sin embargo, habla del programa como un eje articulador de otro tema político: la actitud que debe tomar el Frente Amplio en la oposición con respecto al gobierno.

Marcelo Pereira y Guillermo Waksman (1993) plantean la posibilidad de que Julio María Sanguinetti ganase las elecciones de 1994, como finalmente ocurrió. En ese caso, «el Frente se encontraría ante la disyuntiva de tratar de incidir en el gobierno [...] o asumir una actitud de oposición clara, ante un gobierno que buscaría el respaldo parlamentario en fuerzas que están a la derecha. ¿Cuál debería ser la actitud del Frente?». Astori responde primando el programa como eje a través del cual se deberían tomar todas las decisiones de calado en la estrategia del Frente Amplio:

[...] a mí me parece que habría que hacer los mayores esfuerzos para elegir, como punto de referencia, situaciones y problemas nacionales que necesitan soluciones urgentes [...]. No debemos obsequiar espacios de resolución política a fuerzas que resolverían esos problemas con otra orientación [...]. [...] Mi propuesta es no actuar guiados por el objetivo de compartir gobierno [...]. El camino no debe ser establecer alianzas y a partir de ellas definir conductas políticas, sino hacer propuestas sobre problemas concretos y, a partir de esas iniciativas, buscar los aliados, es decir, la relación de fuerzas que haga posible la solución.

Este extracto sirve para justificar que en el imaginario astorista el programa no es una mera excusa para justificar la moderación ideológica. Para Astori, el programa debería ser el eje articulador de todas las acciones políticas. A su alrededor tendría que

girar la praxis política tal y como la tradición doctoral uruguaya dictaba, es decir, los partidos políticos deben ser *partidos de ideas*.

Es a partir de 1994 que la posición de Astori con respecto a las alianzas —ya consolidadas— pasa a no tener ninguna reticencia. En una entrevista para *Este Diario* (Ortiz, 1994) y otra para *Últimas Noticias* (Quintáns, 1994) a finales de marzo, Astori deja clara su posición favorable al acuerdo y se muestra optimista con respecto a los avances en las negociaciones, poniendo énfasis en la cuestión programática como eje de acción:

El Frente Amplio ha definido asignar prioridad a la búsqueda de esos acuerdos [...] con el PDC y el Polo Progresista [...] [y] se abordarían temas tan importantes como lo programático y lo jurídico institucional. [...] Desde el punto de vista programático el horizonte es muy optimista.

Esta es la respuesta que da en *Este Diario*, prácticamente idéntica a la que unos días después dio en *Últimas Noticias*.

En este preciso momento los dos temas analizados —la moderación ideológico-programática y la política de alianzas— comienzan a confundirse y pasan a ser parte del mismo asunto. En *Últimas Noticias* preguntan: «Desde los sectores que se identifican como radicales se dice que el Frente rebajó su programa y que lo hará más para concretar las alianzas ¿usted lo comparte?». Astori responde:

Creo que ese es un concepto engañoso, [...] lo que debemos preguntarnos es si reconoce la realidad nacional y los profundos cambios que experimentó en 1971 hasta ahora. Yo contesto que sí, que los reconoce y hace propuestas para cambiar esa realidad [...]. Se dice que el Frente ya no propone los cambios radicales que proponía. Por ejemplo, para el sistema financiero. Los sigue proponiendo, pero [...] ¿vamos a proponer lo mismo que en el 71 [...]? Entonces no había instrumentos de control [...]. El objetivo es el mismo, que el sistema financiero funcione al servicio de la producción nacional [...].

De nuevo, por un lado están los principios permanentes (una banca al servicio de la producción) y por el otro las propuestas concretas (estatización o control) para llevar a cabo esos principios. El contador frenteamplista construía así un discurso en el que la principista «realidad nacional» había cambiado y por tanto era necesario cambiar el programa para cambiar esa realidad.⁸

8 Estas posiciones son cuestionables desde el punto de vista de este trabajo, el cual no considera que existan *realidades* puras, diagnosticables y a las que hay que ofrecer una solución correcta, sino que se construyen a través de símbolos. Ese tipo de razonamiento positivista forma parte del imaginario astorista.

A partir de marzo de 1994 el discurso de Astori entra en una lógica de campaña para las elecciones del mismo año, por las que los órganos legislativos quedaron divididos en alrededor de un 30% para cada uno de los tres grandes partidos.

El 15 de agosto de 1994, el mismo día en que se formalizaba la coalición del Encuentro Progresista, Astori concedió una entrevista a *La República* en la que expresa su posición ante el acuerdo sin ambigüedades:

[...] es una experiencia que necesitábamos en el Uruguay. [...] Se ha llegado a una buena base programática y un buen compromiso político. [...] Hay que trabajar mucho y con convicción para demostrar que es posible materializar en hechos concretos todo lo que está en el papel y compartimos todos. (Nicosi, 1994)

Tras esta pregunta, Astori hace hincapié en el grado de detalle que tiene el programa en comparación con los de los partidos tradicionales. Cuando llega a la parte de propuesta de reforma constitucional y partidos políticos, muestra su vertiente más doctoral: «En el área política [...] el sistema uruguayo» necesita otorgar «seguridad a cualquier gobierno electo en relación a la aplicación de su programa». Además, «en materia de partidos políticos [...] tiene que ser distintivo de este programa la propuesta de una ley de partidos del Uruguay [...] asentados en tres pilares: jerarquía programática, democracia interna y disciplina». La periodista, siguiendo con esta línea simbólico-discursiva que identifica al FA —es decir, ser un partido programático, disciplinado y de ideas en contraste con los partidos tradicionales— le pregunta a Astori si «cree que lo importante es ganar», a lo que el senador responde: «Lo más importante es trabajar bien, [...] tener una conducta coherente, tener mentalidad de Estado».

Es solo al final de la entrevista que se trata la moderación: «¿Usted cree que la izquierda para poder ser una opción real ha tenido que convertirse en una fuerza más moderada?». El contador frenteamplista no responde con nitidez y trata de atraer el dilema a un lugar de discurso científico y doctoral que merece la pena citar en extenso, ya que bien podría resumir el posicionamiento netamente astorista a lo largo del proceso de «moderación» de la izquierda:

La gran obligación de la izquierda es leer la realidad tal y como es. El gran error de la izquierda es creer que lee [...] y suponer que la realidad no cambia. Ojo, yo no estoy proponiendo leer la realidad para adaptarse a los cambios [...]. Yo estoy proponiendo leer la realidad porque nadie puede con seriedad hablar de cambiarla si no sabe cómo es. El peor error de la izquierda es hablar de un país que no existe,

En este sentido, no se considera que los dichos de Danilo Astori sean falsos o verdaderos; sí se considera que esos dichos tienen una inspiración ideológica y epistemológica.

porque entonces sus propuestas no son creíbles. La gran virtud que tiene que ganar la izquierda es demostrar que los cambios son posibles [...]. Y el principal desafío sobre todo es leer los cambios que no nos gustan pero que existen. [...] Si suponemos que no existen, hablamos también de un país que no existe, por lo tanto no nos va a creer nadie.

Conclusiones

El discurso de Danilo Astori desde las elecciones de 1989 hasta la consolidación electoral del Frente Amplio bajo el lema Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría a finales de 1994 parte de una cuestión fundamental para la tradición doctoral uruguaya: la crítica a la carencia de principios de los partidos políticos y la voluntad de convertir al FA en ese tipo de partido con consistencia ideológica. Para Danilo Astori, los principios son el compromiso con cambiar la realidad nacional. En la medida en que esa realidad nacional había ido cambiando desde el 71 hasta la década del noventa, se volvía necesario cambiar también los medios para lograr su transformación; en otras palabras, cambiar los lineamientos programáticos.

Aquel movimiento no consistía solo en «moderación» ideológica ni en una adaptación cínica para ensanchar el caudal electoral; el cambio programático era lo que dictaba la razón si se diagnosticaba la realidad correctamente.

Del mismo modo, el programa en el discurso de Astori es el eje vertebrador que debería dirigir toda actuación política del partido para precisamente diferenciarse de los partidos tradicionales.

La determinante política de alianzas con sectores escindidos de los partidos tradicionales y parte del Nuevo Espacio —que supondría la materialización de la llamada «moderación ideológica» según la literatura politológica uruguaya— fue defendida y cuestionada por Astori en los mismos términos programáticos, aunque nunca se mostró como un detractor.

Al contrario de lo que defienden autores como Yaffé y Garcé (2005), que asignan a Astori el papel de «radical» y a Tabaré Vázquez el rol de «moderado», la moderación/renovación programática fue defendida por Astori desde una posición que parece heredera de una tradición doctoprincipista, y he aquí la diferencia fundamental que lo distancia de los posicionamientos de Vázquez. A pesar de no nombrar directamente al entonces intendente de Montevideo, lo que Astori critica repetidamente es el electoralismo que deviene de buscar un acuerdo con sectores de los partidos tradicionales sin haber problematizado previamente la cuestión programática; pero no el posible acuerdo electoral en sí mismo ni la moderación ideológica. Posiblemente esta posición funambulesca haya sido determinante cuando Astori perdió la pugna con Vázquez por

el liderazgo del FA. Sin embargo, según las fuentes aquí referenciadas, es excesivo inferir que Astori se posicionó en un lugar ideológicamente «radical» u «ortodoxo» durante la etapa referida en este trabajo. Se considera que fue partidario de la renovación y la moderación, cuestión que él diferenciaba de la política de alianzas.

A su discurso sobre la moderación ideológica y las alianzas se le suma el que se refiere a la disputa entre ortodoxos y renovadores. Astori mantiene una permanente voluntad de no posicionarse tras el Documento de los 24 para mantener una posición independiente y conciliadora; un camino que seguirá recorriendo a lo largo del lustro estudiado y que derivará en la fundación de Asamblea Uruguay como un lugar para los frenteamplistas independientes sin sector ideológico-partidario definido en 1994.

En conclusión, se puede sostener que el senador Danilo Astori forma parte de una larga tradición doctoral uruguaya que, si bien puede llegar a participar en la vida de los partidos políticos, lo hace en términos de independencia, de una obsesiva búsqueda de la coherencia y de dotar al sistema político de mayor racionalidad y consistencia programática.

Referencias bibliográficas

- Ardao, A. (1951). *Batlle y Ordóñez y el positivismo filosófico*. Montevideo: Número.
- Ardao, A. (1968). *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*. Montevideo: Universidad de la República. (Historia y cultura, 10).
- Botinelli, Ó., Giménez, W., y Marius, J. L. (s/f). *Enciclopedia electoral del Uruguay 1900-2010*. Recuperado de https://legislativo.parlamento.gub.uy/OtrosDocumentos/EnciclopediaElectoral1900_2010.pdf.
- Caetano, G. (2016). Genealogías de la política uruguaya moderna: El liberalismo como «concepto fundamental» y su primacía sobre el republicanismo. *Claves: Revista de Historia*, 2(2), 111-143.
- Campodónico, M.Á. (2004). *Radicales y moderados. Danilo Astori: Vida y pensamiento político*. Montevideo: Linardi y Risso.
- Caramani, D. (2017). Will vs. reason: The populist and technocratic forms of political representation and their critique to party government. *American Political Science Review*, 111(1), 54-67.
- Castiglia Berzelli, A. (2004). Principismo y partidos políticos en el Uruguay: Un estudio de las fracciones y partidos «doctorales» en el siglo XIX. (Tesis de grado). Universidad de la República, Montevideo.
- De Armas, G., y Garcé, A. (2000). *Técnicos y política: saber y poder. Encuentros y desencuentros en el Uruguay contemporáneo*. Montevideo: Trilce.

- De Armas, G., Garcé, A., y Yaffé, J. (2003). Partidos e ideología en Uruguay. *Política y Gestión*, 5, 77-104.
- Domínguez, J. I. (1997). Ideas and leaders in freeing politics and markets in Latin America in the 1990s. En *Technopols freeing politics and markets in Latin America in the 1990s* (pp. 1-49). Pennsylvania: Pennsylvania University.
- Errejón, Í. (2012). La lucha por la hegemonía durante el primer gobierno del MAS en Bolivia (2006-2009): Un análisis discursivo. (Tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Filgueira, F., Garcé, A., Ramos, C., y Yaffé, J. (2004). Los dos ciclos del Estado uruguayo. En Universidad de la República, Instituto de Ciencia Política, *La política* (pp. 173-205). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental. (El Uruguay del Siglo XX, 2).
- Forteza, Á., y Tommasi, M. (2006). On the political economy of pro-market reform in Latin America. En J. M. Fanelli y G. McMahon (eds.), *Understanding market reforms: Volume 2, Motivation, implementation and sustainability* (pp. 193-228). Nueva York: Palgrave.
- Gallardo, J. (2003). Las ideas republicanas en los orígenes de la democracia uruguaya. *Araucaria*, 9, 3-44.
- Garcé, A. (1997). La conciencia crítica desde *Marcha* a *Búsqueda*. En G. de Armas y A. Garcé, *Uruguay y su conciencia crítica: Intelectuales y política en el siglo XX* (pp. 35-64). Montevideo: Trilce.
- Garcé, A. (2000). La partitura, la orquesta, el director y algo más. En J. Jorge (ed.), *La «segunda» transición en el Uruguay: Gobierno y partidos en un tiempo de reformas* (pp. 339-381). Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- Garcé, A. (2002). *Ideas y competencia política en Uruguay (1960-1973): Revisando el «fracaso» de la CIDE*. Montevideo: Trilce.
- Garcé, A., y Yaffé, J. (2005). *La era progresista: El gobierno de izquierda en Uruguay, de las ideas a las políticas*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Guerrero, O. (2006). *La tecnocracia o el fin de la política*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Habermas, J. (1986). *Ciencia y técnica como «ideología»*. Madrid: Tecnos.
- Howarth, D. (1995). La teoría del discurso. En D. Marsh y G. Stoker (eds.), *Teoría y métodos de la ciencia política* (pp. 125-142). Madrid: Alianza.
- Howarth, D. (2005). Aplicando la teoría del discurso: El método de la articulación. *Studia Politicae*, 5, 37-88.
- Laclau, E. (s.f.). *Philosophical roots of discourse theory*. Recuperado de: https://www.essex.ac.uk/centres/TheoStud/documents_and_files/pdf/Laclau%20-%20philosophical%20roots%20of%20discourse%20theory.pdf.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Lanzaro, J. (2012). Continuidad y cambios en una vieja democracia de partidos: Uruguay 1910-2010. *Cuadernos de CLAEH*, 33(100), 37-77.
- Lorenzoni, M., y Pérez, V. (2013). Cambios y continuidades de la izquierda en Uruguay: Un análisis a partir de las propuestas programáticas del Frente Amplio 1971-2009. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 22(1), 81-102.
- Mariani, A. (1968). Principistas y doctores. En A. Rama (dir.), *Enciclopedia uruguaya: Historia ilustrada de la civilización uruguaya*. Montevideo: Editores Reunidos.
- Markoff, J., y Montecinos, V. (1994). El irresistible ascenso de los economistas. *Desarrollo Económico*, 34(133), 3-29.
- Mayol, A. (2003). La tecnocracia: El falso profeta de la modernidad. *Revista de Sociología*, 17, 95-123.
- Mieres, P. (1985). Concertación en Uruguay, expectativas altas y consensos escasos. *Cuadernos de CLAEH*, 10(36), 29-44.
- Oddone, J.A. (1956). *El principismo del setenta: Una experiencia liberal en el Uruguay*. Buenos Aires: Maxwell.
- Pérez Antón, R. (1988). Cuatro antagonismos sucesivos: La concreta instauración de la democracia uruguaya. *Revista de Ciencia Política*, 2, 41-60.
- Rama, G. (1971). *El club político*. Montevideo: Arca.
- Real de Azúa, C. (1987). *Escritos*. Montevideo: Arca.
- Rilla, J. (2004). La tradición contra los partidos en el Uruguay. *História*, 23(1-2), 161-196.
- Solari, A. (1991). *Partidos políticos y sistema electoral*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- Valencia Sáiz, A. (1995). La teoría política en la era de la tecnocracia. En F. Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política: La reestructuración contemporánea del pensamiento político* (pp. 433-453). Madrid: Alianza.
- Von Oertzen, P. (1973). El futuro del programa de Godesberg. *Nueva Sociedad*, 7, 48-60.
- Watkins, S. (2004). Balance de situación del Nuevo Laborismo. *New Left Review*, 25, 5-35.
- Watkins, S. (2010). ¿Laborismo conservador? *New Left Review*, 3, 5-15.
- Yaffé, J. (2005). *Al centro y adentro: La renovación de la izquierda y el triunfo del Frente Amplio en Uruguay*. Montevideo: Linardi y Risso.
- Yaffé, J. (2010). Dictadura y neoliberalismo en Uruguay (1973-1985). Trabajo presentado en las Séptimas Jornadas de Historia Económica, Asociación Uruguaya de Historia Económica, Montevideo. Recuperado de <http://www.audhe.org.uy/jornadas/septimas-jornadas/Yaffe-Dictadura-y-neoliberalismo.pdf>.
- Zum Felde, A. (1967). *Proceso histórico del Uruguay*. Montevideo: Arca.

Fuentes

- Alfonso, A., y Almada, M. (18 de enero, 1993). Astori quiere concentrar toda su atención en lograr acuerdos políticos con el Foro. *El Observador*, pp. 4-5.
- Astori marcó su perfil. (22 de agosto, 1991). *Búsqueda*, p. 8.
- Astori no habla de Vázquez, pero advierte que «algunas fuerzas» y «algunas personas» tienen un apuro electoral «increíble». (7 de noviembre, 1991). *Búsqueda*, p. 12.
- Astori, D. (1994). *Hacia un país posible: Documento fundacional de Asamblea Uruguay*. Recuperado de <https://www.2121.org.uy/novedades/discursos-y-documentos/item/1054-hacia-un-pais-posible-del-documento-fundacional-de-asamblea-uruguay-19-de-mayo-de-1994>.
- Astori: Crece el margen para el cambio. (9 de junio, 1993). *Decadauno*, p. 5.
- Discurso de Danilo Astori al ser nombrado candidato a vicepresidente y primer senador por todas las listas del FA: Los sueños se siguen llamando revolución. (5 de junio, 1989). *La Hora Popular*, pp. 6-7.
- Documento de los 24 (s/f). *Bitácora*. Recuperado de <http://www.bitacora.com.uy/auc.aspx?9748,7>.
- Legnani, R., y Maciel, P. (9 de mayo, 1993). Astori consideró necesaria una revisión de todos los puntos del programa frenteamplista de 1989: La realidad nos impone hoy un nuevo análisis. *La República*, pp. 2-3.
- Maciel, M., Pereyra L., y Legnani, R. (10 de diciembre, 1992). Al gobierno le va a ir muy mal no sólo si resulta derrotado el domingo: Le iría peor si se negara a negociar con la oposición y vuelve a ser derrotado con una reforma estatal aprobada con su negativa. *La República*, pp. 8-9.
- Nicrosi, L. (15 de agosto, 1994). Esta política económica no solo es incoherente con la preparación del Uruguay, sino que es antagónica de la idea de Mercosur. *La República*, pp. 4-5.
- Ortiz, N. (26 de marzo, 1994). Seguiré tratando de convencer que se apoye la reforma. *Este Diario*, p. 3.
- Pereira, M., y Waksman, G. (27 de agosto, 1993). Romper los círculos de hierro. *Brecha*, pp. 3-4.
- Quintáns, E. (28 de marzo, 1994). Astori aseguró que no disputará con Vázquez el liderazgo. *Últimas Noticias*, pp. 2-3.
- Rodríguez, R. (25 de mayo, 1989). Rascar la cáscara y corregir los errores. *Brecha*, p. 12.